

En el parque

Luis Lorente

«OCTAVIO», DIJO EL HOMBRE CON ÉNFASIS MIENTRAS SE LEVANTABA DE UNO DE los bancos del parque. Y aproximándose cada vez más a mí volvió a decir: «Octavio», de una manera algo más reposada y ahora en posición de envolverse en un clásico y desmedido abrazo. Todavía sin soltarme comenzó a separarse como buscando alguna manifestación de mi parte que reciprocara su vehemente efusividad. «Mira eso, Octavio, después de tantos años, un siglo casi, cuarenta años después, un siglo casi. Pero tú estas igual...». Hizo una pausa breve. Su voz era muy clara y sostenida. «Me parece ahora mismo verte en el *floor* de básquet, la camiseta con el número siete, los *tennis* estropeados por el juego. ¿A ti no te decían azulito?» Agarrándose a uno de mis brazos casi me empujó para que me sentara junto a él, en el banco. Puso la mano izquierda en mi rodilla, que justamente estaba al lado de la suya. «¿Qué es de tu vida, Octavio? ¿Y tu papá?, ¿murió? ¿Y Electra, aquella hermana tuya, que parecía mojada por la lluvia?» Hizo una pausa breve que duró el tiempo necesario como para que una mujer de carnes prominentes pasara por delante de sus ojos bruñidos, afiebrados. «Octavio, coño, chico, ¿te acuerdas que jugábamos al póquer?»

La mañana era espléndida, llena de esa luz que tienen las mañanas espléndidas de Cuba, el cielo todo abierto hasta más no poder, como campos de un reino donde se consumaba muy feliz lo inefable. Tratando de mirar alrededor tropecé con el rostro todavía satisfecho de aquel hombre y pude ver también, además, al barbero de enfrente que pelaba aburrido a una persona extraña y vi un pequeño bando de gorriones entrar en las ramas frondosas de un laurel. La voz dubitativa, pero no temblorosa, volvió a decir «Octavio», pero se interrumpió de pronto, a pesar de su gesto adicional por el cual yo pensaba que añadiría algo más. Me mantuve callado, en silencio, expectante como un acostumbrado a mantener la calma y ser dueño absoluto de sus actos. No quería desgraciar esa escena que el azar o Dios mismo había creado allí y que yo disfrutaba dejándome llevar por la corriente. «Cuéntame ahora, Octavio, Electra era bonita, tenía el pelo chorreado. Cuéntame de una vez». En mi familia nadie se había llamado Electra, mi padre estaba vivo, yo nunca había jugado básquet, ni mucho menos póquer.

Mientras más lo miraba, a veces de reojo, más me convencía, señor, de que esa cara no la había visto nunca por el mundo. Comencé a atribularme, tuve

frío en los brazos, me sentí mal cuando vi que sus ojos se iban desorbitando como ansiosos y advertí en sus mejillas una sombra verdosa. Permanecí sentado, pero en guardia por si tenía que huir, o más sencillamente continuar el camino por el que iba antes, el camino habitual hacia el bar de la esquina. Dejando sólo los pulgares afuera, el resto de las manos las puso en el bolsillo del blanco pantalón y se inclinó hasta acercarse a mi cara. «Es increíble, Octavio, que tú no me recuerdes. Yo soy el Fisto, Octavio, el Fisto». Sus ojos parecían derretirse dentro de un recipiente con un poco de agua. Con más o menos fuerza alzó un tanto la voz dejándose caer en el banco. Entonces me di cuenta que en su mano derecha estrujaba un pañuelo sin olor. Al igual que al principio me mantuve en un férreo silencio y comencé a pensar en dejarlo todo así, en espera de alguna solución, de un desenlace. Él hizo algún que otro gesto que no era precisamente de dolor, le noté, sobre todo, contraída la boca que de repente abrió para decir: «no me digas, compadre, que tú no eres Octavio. Es que Electra era idéntica, pero idéntica a ti. Cuando te vi venir, mientras más te acercabas, yo dije, ese hombre tiene que ser Octavio y en ese mismo instante me puse a recordar. Jugábamos al póquer, extendido en la mesa había un paño esmeralda».

Impávido, hondamente abstraído, se fue quedando allí, sin apenas mirarme, sin pronunciar palabras y al ver que iban pasando los minutos, aproveché el momento y sin decirle nada, me levanté. Llegué al bar de la esquina, tomé un trago de ron y pude sin asombro verlo sentado, todavía en el banco del parque. Encendí un cigarro y entre las volutas de humo que expulsaba pude alcanzar a verlo cuando se levantaba con impulso y acercándose a un hombre negro que pasaba iba abriendo los brazos, como para envolverlo en un clásico y desmedido abrazo.